

SOMOS MEROS IMITADORES

por Francisco-Manuel Nácher López

Somos seres imitadores. Por imitación adquirimos costumbres, prejuicios, adicciones... Por imitar nos fumamos el primer cigarrillo, nos bebemos la primera cerveza o el primer whisky o hacemos cosas peores. Por imitación nos vestimos, vamos de vacaciones, viajamos aquí o allá, vivimos aquí o allá, hablamos así o asá, leemos esto o aquello, alabamos o reprobamos algo... He ahí el origen de las modas. Y he ahí la influencia de las buenas o malas compañías.

El hombre evolucionado es el que, en mayor o menor grado, crea sus propias necesidades, el que es capaz de vencer ese instinto gregario de imitación, cuando considera que no vale la pena o que puede ser nocivo para su salud, su bienestar, su economía, etc.

Esa gran verdad la recoge el refrán con su exactitud y grafismo característicos: "*Dime con quien andas y te diré quién eres*". O "*¿Dónde va Vicente?. Donde va la gente*". O, en otro aspecto, "*El que a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija*".

A la juventud de hoy día, gracias a los medios de comunicación y de transporte, le resultan muchísimo más fáciles el contacto y la convivencia, que hace unos años; y, con ello, las posibilidades de imitación. Y cuando, como consecuencia de la rebelión frente a la generación de sus padres (que se da ineludiblemente en todas las generaciones), deciden cambiar de apariencia vistiendo de modo distinto a ellos, acaban vistiendo todos igual, con lo cual caen en el mismo adocenamiento y falta de originalidad que la generación anterior. Y, cuanto más explícitamente quieren manifestar ese rechazo, más se parecen unos a otros, como consecuencia precisamente, de esa tendencia innata a la imitación. Porque sin darse cuenta, por supuesto, se siguen imitando entre ellos. Y, cuanto esos signos externos más uniformes son, más primitivos, simples y poco evolucionados demuestran ser sus usuarios.